


 Arturo Sosa A.

Notas coyunturales

El dilema democrático

A cuatro meses del intento de golpe de Estado del 4 de febrero domina en el país una sensación de calma superficial sobre una situación todavía no asentada. Las últimas semanas se han caracterizado por la proliferación de protestas y paros en los más diversos sectores de la sociedad y por toda la extensión de la nación. Políticamente hablando se van cerrando los espacios de una salida democrática. Si la proliferación de las protestas y manifestaciones del descontento social son leídas como camino hacia la anarquía social, las fuerzas antidemocráticas, partidarias de mantener a cualquier costo el "orden establecido", podrían pensar que ha llegado el momento de frenar la caída hacia el caos y establecer un régimen autoritario. Del mismo modo otras fuerzas "golpistas" con intenciones transformadoras se convencerían de que están dadas las condiciones para el asalto al poder. Por parte de las élites aliadas del sistema se buscan todas las formas por regresar a la estabilidad anterior para seguir aplicando un programa de ajustes económicos que sólo puede ser sostenido a mediano plazo mediante un régimen autoritario aunque tenga fachada civil. Muchas fuerzas convergen, por tanto, hacia la reducción del espacio democrático y el fortalecimiento del autoritarismo político. Frente a esa tendencia la opción por la democracia se transforma en dilemática.

VIVIR EN INCERTIDUMBRE

Un factor que cada día pesa más sobre muchos venezolanos es la sensación de estar viviendo sin saber el rumbo que tomará la vida política. Una situación a la que no hemos estado acostumbrados y que se hace incómoda. Por eso, muchos empiezan a desear que se resuelva pronto de la manera que sea para volver a alguna estabilidad sea la que sea. Quizás esta sea una de las primeras decisiones que hay que tomar si queremos mantener abierto y hacer crecer los

espacios de democracia en nuestras relaciones políticas. La comodidad de la certidumbre es propia de los menores de edad o los irresponsables. Lo característico de la vida adulta es el tener que asumir un cierto grado de incertidumbre y decidir responsablemente en situaciones cambiantes. La democracia es un régimen político propio de sociedades adultas. Los autoritarismos se producen en sociedades en las que sus miembros prefieren la comodidad de que otros decidan por él y otros garanticen un mínimo de certidumbre.

Existe una falsa provocación de incertidumbres que busca afianzar los temores e inhibir las posibilidades de participación. Su principal forma son los "rumores" que corren de boca en boca muy rápidamente, que refieren noticias alarmantes sobre la situación, citando supuestas fuentes confidenciales, normalmente imposibles de verificar. La mejor manera de evitar el efecto perverso de los "rumores" es mejorando los medios de información y la capacidad de las personas de procesar los datos que sobre la realidad viene de una u otra fuente. Hacernos adultos también en la recepción y transmisión de la información, exigiendo transparencia y veracidad, al mismo tiempo que responsabilidad pública a los medios de comunicación y a los informantes, es una exigencia democrática.

La vida social adulta en democracia exige aprender a vivir en conflicto. Una sociedad democrática es al mismo tiempo pluralista, por tanto, existen en su seno intereses diversos y hasta contradictorios. Lo característico de la democracia es precisamente resolver esos conflictos de intereses por la vía de la negociación, buscando la preeminencia de un interés público, común, sin negar ni eliminar a quienes defienden posiciones distintas, pero estableciendo límites públicos a la satisfacción de los intereses privados y exigiendo la contribución individual al quehacer colectivo.

RADICALISMOS PARALIZANTES

La vía democrática a una sociedad democrática está amenazada por los radicalismos de distinto signo. El de las fuerzas conservadoras del orden establecido que utilizan todos los recursos a su alcance, que son muchos, para paralizar cualquier tendencia social a ampliar las bases del poder. El de algunos sectores que se auto-califican de "revolucionarios" en forma exclusiva, es decir, que no reconocen como tal ninguna proposición o conducta distinta de la de ellos, atentan contra la participación del pueblo y la democratización en nombre de la revolución "popular".

La "cogolocracia" que ha dado al traste con la democratización del sistema populista de partidos, tiene su contraparte en un trasnochado "vanguardismo revolucionario". Cogollo y vanguardia son la misma cosa con diferente nombre. Parten de no reconocer al pueblo como sujeto, sino lo reducen a "masa dirigida" por uno o por otro. Quizás utilicen un lenguaje en el que los oprimidos, la clase obrera o el pueblo son reconocidos como sujeto de la sociedad y de la historia, pero en su práctica organizativa y social lo sustituyen sin preguntarle, lo representan sin confrontar con él sus proposiciones programáticas o sus decisiones políticas. Posponen la participación abierta para después por la urgencia de la coyuntura y porque en el fondo consideran a la gente como ignorante de la "teoría revolucionaria", por tanto incapaz de tomar las decisiones pertinentes. Detrás de adjetivo "popular" esconden una propuesta política que sigue siendo *sin pueblo* aunque pretenda, en el mejor de los casos, ser *para el pueblo*.

Hay que tomarse en serio, bien en serio, eso de que el sujeto político de una transformación democrática para constituir una sociedad democrática es el pueblo. Nadie, por líder, visionario, audaz que sea puede presentarse como la encarnación de ese sujeto popular. Nadie puede sustituirlo en su proceso de crecimiento como sujeto ni en la toma de decisiones, mucho menos en su nombre.

El sujeto popular de la transformación democrática se caracteriza por su pluralidad. Reconocer la diversidad y variedad del pueblo venezolano es un punto de partida irrenunciable para caminar hacia la democracia. Todo intento de uniformización, con la excusa que sea y aunque se presente como necesidad transitoria, es retroceder por mucho que se presente como avance. Exigir el re-

conocimiento del pueblo como sujeto significa igualmente reconocer la existencia de otros sujetos políticos y actores sociales con los cuales se entra en una relación adulta. Sin el mutuo reconocimiento entre actores sociales y sujetos políticos diversos poner la bases de una sociedad democrática no es más que una quimera o un engaño.

La constitución del sujeto popular de la transformación democrática es un proceso lleno de obstáculos y que requiere tiempo. Apurarlos con radicalismos extemporáneos lo que puede ser retrasar, paralizar o hacer retroceder el proceso. El sujeto popular madura con hechos reales y no a base de slogans o posiciones dogmáticas. Mantener y ampliar las condiciones políticas y sociales en las que puede darse más rápidamente el crecimiento y fortalecimiento del pueblo organizado como sujeto, es una dimensión importante de las acciones que hay que emprender en el momento actual para orientar el proceso en la dirección que se pretende.

Desde los espejismos revolucionarios y los radicalismos puristas es sumamente fácil estigmatizar proposiciones y criticar acciones que se ven como contemporizadoras con el orden establecido porque no están calcadas de las tácticas de los manuales que guían cualquier proceso revolucionario. La revolución necesaria es la de las fidelidades mentales y personales. Si se quiere ser fiel al pueblo compartiendo su vida y proceso de constitución como sujeto político es necesario romper con fidelidades ideológicas u organizativas que sepan de antemano qué y cuándo tiene que suceder para llamar revolucionario un proceso, o que induzcan a llevar el proceso popular por los canales pre-establecidos.

MIRAR HACIA ADELANTE

Una de las características de la actual coyuntura política venezolana es que permite y exige mirar hacia adelante. Antes del 4 de febrero gran parte de la energía popular se estaba utilizando en comprender lo que había pasado y encontrar las vías para mantener los niveles de vida y organización alcanzados. La percepción de un sistema político sin fisuras importantes hacía urgentes acciones reivindicativas y protestas para exigir la preservación de los más elementales derechos del pueblo sobre el que se carga todo el peso de los "ajustes" económicos. El intento de golpe de Estado no sólo ha mostrado las fisuras del sistema sino que las ha agrandado.

Estamos, pues, en el momento de emprender acciones de creación de futuro. A una situación novedosa no se puede responder adecuadamente con los mismos tipos de movilizaciones y acciones que las del pasado. Hay que pasar de la actitud defensiva a la ofensiva. De los diagnósticos y protestas a las proposiciones de unas relaciones sociales distintas y al crecimiento organizativo del movimiento popular. Se busca redefinir el horizonte al que aspira el pueblo venezolano y proponer el camino para alcanzarlo. Definir unas nuevas reglas de juego y crear los instrumentos y modos de lograrlo. Una ocasión de definir un proyecto nacional en el que el pueblo sea sujeto, y formular su programa de realización.

UN GOBIERNO DE TRANSICION DEMOCRATICA

Un conjunto de organizaciones ha lanzado al país una fórmula de convocatoria a una Asamblea Nacional Constituyente (ver la sección de Documentos de este número de SIC). Entre los proponentes se encuentra la Revista SIC. Se trata de una proposición para ser discutida, mejorada y convertida en la bandera de un potente movimiento social y de opinión pública que presione al actual Congreso Nacional, y a las direcciones nacionales de los partidos allí representados, a aprobar esa única reforma constitucional y realizar un referéndum aprobatorio que signifique al mismo tiempo la convocatoria a la Constituyente. La fórmula presentada requiere de algunas modificaciones en el sentido de ofrecer mayores garantías a la realización de un proceso constituyente en el que el pueblo y demás sectores de la sociedad civil tengan el papel principal y no pueda ser mediatizado por los partidos dominantes del actual estado de cosas. En ese sentido son necesarias algunas medidas para favorecer la presentación de candidatos sin la mediación partidista, y restringir el lanzamiento de quienes han estado comprometidos en las decisiones políticas en los últimos años porque han pertenecido a los cuerpos deliberantes, el Ejecutivo o las direcciones generales de los partidos.

El objetivo de la presión social no se limita únicamente a conseguir la aprobación de la convocatoria a la Asamblea Nacional Constituyente. Tiene igualmente que conseguir la composición de un Gobierno de Transición Democrática. Los acomodos que el Presidente Pérez ha hecho en su Gobierno después del

4 de febrero responden a la correlación de fuerzas anterior a él y a los esfuerzos por estabilizar la situación sin transformar sustantivamente las relaciones de poder o la orientación del sistema político y del actual gobierno. Los intentos de pactos y acuerdos hechos hasta el momento responden a la misma intención. La emergencia de una presión social en esta dirección y la comprobación de su aceptación masiva a través de un referéndum obligaría a Pérez a gobernar de acuerdo a esa expresión de la voluntad popular y con un equipo que así lo garantice. La constitución de un Gobierno de Transición Democrática sería, además, el signo inequívoco de la aceptación de la voluntad social libremente expresada.

El Gobierno de Transición Democrática tendría dos tareas ineludibles. La primera tomar medidas para detener el empobrecimiento de la mayoría de la población y redistribuir la riqueza producida en Venezuela. Y la segunda apoyar lealmente el proceso de constitución democrática de la legitimidad política. En cuanto a la primera el Consejo Consultivo ofreció algunas pistas sobre por dónde habría que caminar. Lo más importante es realizar algunos signos de que se gobierna en función de las mayorías y no en beneficio de algunas minorías privilegiadas o al ritmo de presiones o compromisos internacionales.

Una vez convocada la Asamblea Nacional Constituyente comienza un período crucial para que ésta sea el instrumento de democratización de las relaciones de poder. La postulación y selección de los representantes a esa Asamblea y la información, discusión y apoyo a las diversas proposiciones que en ella se van a discutir, deben gestarse en un tiempo relativamente corto y deben expresar la voluntad de futuro de los venezolanos. El Gobierno puede ser un formidable obstáculo a ese proceso o contribuir a crear las mejores condiciones para su realización. Un Gobierno cuyo piso político es el estamento que debe ser renovado desde su raíz tenderá obviamente a ponerle trabas al proceso. De allí que sea necesaria su recomposición para convertirlo en un factor adicional de contribución a la profundización de la democracia. Quien no se sienta capaz de aceptar la voluntad popular y contribuir a su expresión lo menos que debe hacer es apartarse del camino.

Finalmente no hay que olvidar que la clave de todo el proceso está en la movilización del pueblo y la sociedad civil de quienes depende en definitiva que se asuma una orientación democrática del proceso constituyente.